

Criterios

Discurso del presidente de la Asociación Católica de Propagandistas, Alfredo Dagnino, en la XCVII Asamblea General

● Por su interés, el *Boletín* recoge en este suplemento de 'Criterios', el discurso pronunciado por el presidente de la Asociación Católica de Propagandistas,

Alfredo Dagnino, con motivo de la celebración de la XCVII Asamblea General, que tuvo lugar en Madrid los días 23, 24 y 25 de octubre de 2009.



Excelentísimo Señor Vicepresidente de la Asociación Católica de Propagandistas, Ilustrísimo Señor Secretario General, Excelentísimos e Ilustrísimos Señores miembros del Consejo Nacional de la Asociación Católica de Propagandistas, Ilustrísimo Señor Viceconsiliario Nacional de la Asociación y Director de Pastoral del CEU, Coordinador Regional de Andalucía, Secretarios y Vicesecretarios de Centros, Secretarios Nacionales, Reverendos Padres Consiliarios de la Asociación, Queridos miembros de la Asociación Católica de Propagandistas. Autoridades, personal y capellanes de nuestras Obras. Amigos todos y hermanos en Cristo que nos honráis hoy con vuestra presencia en esta XCVII Asamblea General Ordinaria de la Asociación. A todos vaya mi agradecimiento más sincero por vuestra presencia hoy aquí, que es signo evidente de unidad y comunión en nuestra vida y quehacer apostólico.

I. Agradecimientos

Trascurridos casi tres años desde que comenzara para mí este ministerio presidencial, comparezco de nuevo ante todos vosotros, queridos propagandistas y queridos amigos, que os congregáis en esta XCVII Asamblea General Ordinaria. En trance de cumplir el tercer año de mandato que me conferisteis el 10 de noviembre del año 2006, deseo comenzar mis palabras con un testimonio de acción de gracias. Doy gracias a Dios Nuestro Señor por el don maravilloso que nos ha dado, que es la vida, que nos permite estar hoy aquí, por el don de la familia, que gracias a su sacrificio y abnegación nos permite desarrollar nuestra misión apostólica; por ser cristianos e hijos de la Santa Madre Iglesia llamados expresamente al servicio de la causa de la Igle-

XCVII Asamblea General

Discurso del presidente

sia, y lo quiero hacer, especialmente, reafirmando nuestra fe en Jesucristo y nuestra fidelidad a la Santa Madre Iglesia, convencido de que la fuerza de la Iglesia proviene de la celebración de los Sagrados Misterios del Señor, muerto y resucitado y de la Buena Nueva, que todos los bautizados estamos llamados a anunciar. Quiero aprovechar la ocasión que me brinda este momento para agradecer, también, el testimonio de tantas gentes buenas y santas dentro de esta Casa, y también fuera de ella, de tantas personas que con su testimonio son para mí ejemplo en el seguimiento de Cristo. También de aquellas personas que me han enseñado día a día con palabras y con obras que el verdadero amor a Dios reclama la entrega y el servicio al prójimo.

Hace casi tres años, recibí de esta Asamblea General el honor y la muy alta responsabilidad de presidir la Asociación Católica de Propagandistas. Durante este tiempo he tratado, no se si lo he conseguido, de ser ante todo un hermano en la fe, un humilde pero leal servidor de la Iglesia. Hoy puedo deciros, y lo digo con alegría, que, a pesar de los sinsabores, he recibido de la Asociación, de todos vosotros, de los propagandistas, de tantas y tantas personas que sirven en estas obras apostólicas, más, mucho más, de lo que yo he podido dar y hacer. Y ahora, cuando la Divina Providencia ha querido que me encuentre en la última etapa de mi mandato, deseo renovar el deseo de ser un Presidente en los términos que ahora ya hace tres años señalé al aceptar este honor, un presidente de todos y para todos, un hermano entre los hermanos, que con cercanía y humildad, y sobre todo con afán de servicio, se gaste y se desgaste en asumir este ministerio apostólico de conducir a la Asociación por los senderos del servicio a la Iglesia y de servicio también a España, procurando llevar a nuestra grey por el camino de la santidad, que es, ciertamente, un camino de espinas, pero que es la base de la vida cristiana y la vocación específica de la Asociación y de sus miembros, sin la cual todo carece de sentido.

Y esto lo habremos de llevar a cabo con la confianza puesta en el Espíritu Santo, que es el que sostiene la misión. A él que todo lo crea, que todo lo escrutina, que todo lo sabe, le pido para todos vosotros, para todos nosotros, que nos conceda fuerzas y que nos otorgue altura de miras para discernir con acierto en cada momento y para cumplir con la misión apostólica que nuestra ya centenaria Asociación tiene encomendada.

A todos vosotros, queridos propagandistas, mi más sincero, cordial y emocionado agradecimiento. Muchas gracias por vuestra confianza, por vuestro aliento y por vuestro apoyo, que no sólo no pasa desapercibido, sino que se hace esencial para continuar en el día a día. Debo agradecer públicamente vuestras constantes muestras de cariño y de afecto, y de las que desde luego, no me siento acreedor. No os oculto que sin este constante respaldo difícilmente podría sobrellevar el día a día de la enorme responsabilidad que hace dos años me encomendasteis en mi persona. Mi

agradecimiento también a la dedicación y al compromiso apostólico de tantas y tantas personas, muchas de ellas aquí hoy presentes, todos vosotros y otros muchos como vosotros, que ya no están con nosotros y que han fallecido incluso en este año, y a sus familia a las cuales tengo un recuerdo especial y emocionado, tenemos en nuestra memoria y en nuestro corazón y que ahora les recordamos. Todos vosotros, y todos ellos, habéis hecho posible de forma altruista que la Asociación Católica de Propagandistas siga siendo una obra señera al servicio de Dios Nuestro Señor y de la Iglesia. Permitidme que exprese un agradecimiento muy especial a las personas que de manera más estrecha, quizás más directa, más inmediata, colaboran o han colaborado en las responsabilidades de Gobierno de la Asociación y de sus Obras: muy singularmente al Vicepresidente, a los miembros del Consejo Nacional; al Secretario General de la Asociación, a los Secretarios y Vicesecretarios de Centros y a los Secretarios Nacionales.

Quiero expresar un agradecimiento muy especial a la Jerarquía de la Iglesia Católica en España, en particular, al Cardenal Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española D. Antonio María Rouco Varela, al Nuncio Apostólico de Su Santidad, y a tantos y tantos Obispos por la confianza, el apoyo, el respaldo y la cercanía que han mostrado a la Asociación. Mucho es lo que esperan de nosotros. Agradecimiento hago extensivo a nuestro querido Consiliario Nacional, Don César Augusto Franco, a nuestro Viceconsiliario, don Luis Fernando de Prada, y a todos y cada uno de los sacerdotes que ejercen funciones de consiliarios en nuestros centros de la Asociación y en nuestras obras como capellanes. Muchas gracias por ese auxilio espiritual que nos procuráis y por vuestro consejo, por la luz que nos aportáis en orden a promover la religiosidad y la espiritualidad de la Asociación, y a fomentar, como rezan nuestros Estatutos, el espíritu cristiano de sus miembros, que contribuye a infundir el ánimo que debe mover a nuestras obras apostólicas.

II. Una conmemoración histórica: el centenario de la Asociación

Permitidme que en un acto tan trascendente para nuestra vida asociativa como es la celebración de la Asamblea General, destaque por encima de cualquier otra circunstancia y centre la mirada en un hito particularmente significativo en la vida y en la historia de la Asociación, toda una conmemoración histórica: el centenario de la Asociación Católica de Propagandistas. Tal conmemoración es, ciertamente, motivo de júbilo y gozo. Sin duda. Pero es también la ocasión para volver la vista atrás, recordar nuestros orígenes,

XCVII Asamblea General

Discurso del presidente

nuestras raíces, recordar lo que somos y lo que estamos llamados a ser. Es la ocasión para reflexionar sobre nuestra identidad y nuestra misión cien años después. Y también para gozar del ejemplo de no pocos hombres ilustres de la Asociación, que fueron y son arquetipo, con la perfección humana posible, de la vocación de santidad y servicio a la Iglesia.

Volvamos por un momento la vista atrás y recordemos nuestros orígenes. Porque sólo recordando y rememorando nuestros orígenes y el espíritu fundacional, podremos afrontar el futuro de la Asociación. Y porque el momento en que vivimos merece rememorar el contexto en que nace y por qué se funda la Asociación.

Corrían los primeros años del siglo XX, cuando el Padre Ángel Ayala -sacerdote jesuita que dirigía en Madrid la Congregación Mariana de los "Luis" desde 1904 y Rector del Instituto Católico de Artes e Industrias desde 1908-, siente, años antes de reunir a un grupo de jóvenes católicos para la propaganda, una necesidad, una necesidad acuciante: la falta del apostolado seglar. Siente la impaciencia por ver algo desconocido por aquellas fechas, jóvenes de arranque y espíritu lanzarse a la propaganda católica por las tierras y pueblos de España. Al dirigir a los "Luis" de Madrid, -desde 1903 a 1908- se le depara al Padre Ayala una extraordinaria ocasión de formar un núcleo de apostolado formado por un grupo selecto de jóvenes universitarios de gran capacidad y de mejor espíritu. Jóvenes de con los que tiene sus reuniones semanales, y los primeros domingos de cada mes, para formarse y ejercitarse, entre otras disciplinas, en el arte de la oratoria, de cuya necesidad para el apostolado seglar estaba el Padre Ayala firmemente persuadido. Va cultivando a sus predilectos; y sobre todo, insiste a los de mejor espíritu.

Pero destaquemos una fecha muy significativa: 1908. En ese año, el Padre Ayala pasa al Colegio de Areneros y deja los Luis, pero su idea sigue fija. Hay que despertar el espíritu católico español, que parece dormido. Un buen día escribe unas cartas. Convoca a un grupo de aquellos Luis predilectos y a otros jóvenes conocidos en Areneros lo que hace, según cuentan las crónicas, respondiendo a sugerencia del que fuera entonces Nuncio Apostólico de su Santidad en España, monseñor Vico. Uno a uno van llegando al Colegio. Son alrededor de una docena. No saben para qué se les llama, ni tan siquiera que hubieran llamado que han llamado a otros. Van coincidiendo en la sala de visitas del Colegio.

-¿Para que nos llamarán?-, se preguntaban. El Padre, como le llamaban los suyos, les habló y les dijo: "Vamos a ver lo que Dios Nuestro Señor quiere de nosotros, lo que Dios quiere que salga de aquí". Esas fueron las palabras que dirigió a los jóvenes por él convocados, según el testimonio del propio Padre Ayala y que José Luís Gutiérrez recoge fielmente en su primera parte de la Historia de la Asocia-

ción. El no lo sabía, pero Dios sí. La Asociación había nacido ya.

Así fue como en la tarde de un domingo del mes de noviembre de 1908, posiblemente el día 15 de noviembre, y no el día 4 como se ha insistido, tuvo lugar en el edificio aun en construcción del Colegio de Areneros de Madrid la primera reunión, a la que asistieron, además del Padre Ayala, ocho jóvenes, a los que había infundido una honda piedad y de espíritu decidido. Permitidme que en este trance evoque sus nombres en señal de gratitud y de emocionado recuerdo. Eran: Luis de Aristizábal, Jaime Chicharro, José Fernández de Henestrosa, Manuel Gómez Roldán, Ángel Herrera Oria, José María Lamamié de Clairac, José Polanco y Gerardo Requejo.

Un breve inciso. Podría parecer que el llamamiento del Padre Ayala respondiera a la improvisación o a una iniciativa puramente personal. Nada de eso. La convocatoria del Padre Ayala obedecía a una iniciativa anterior, en concreto, a ciertas conversaciones previas del director de la Congregación madrileña de los Luis con el Nuncio Monseñor Antonio Vico, excelente conocedor de la situación del catolicismo español desde que estuvo de secretario de la Nunciatura en tiempos de León XIII.

No en vano, siendo Vico secretario del Nuncio Angelo diPietro en Madrid, estudió, preparó y redactó, por encargo directo del Secretario de estado, Cardenal Rampilla, tres exhaustivos y razonados informes entre 1890 y 1892, que le permitieron conocer con fundamento realista la situación de la Iglesia en España. Los tres primeros informes trataban acerca del episcopado y de los cabildos catedralicios, el estado de los seminarios y la situación de las órdenes religiosas.

Tras estos informes de Vico, se enviaron posteriormente a Roma, otros tres: uno, sobre la prensa; otro, acerca de la legislación civil española en materia eclesiástica, y el último, sobre la acción de los católicos en la política. Esta segunda terna fue elaborada por Alejandro Barona, secretario de la Nunciatura con Monseñor Serafino Cretani. Todos ellos están publicados en la obra de D. Vicente Cárcel Ortí, "León XIII y los católicos españoles".

Fueron, pues, la necesidad urgente y, por ello, el propósito de organizar la Acción Católica en España, a la vista de los susodichos informes, los que, de alguna manera pusieron en marcha la fundación de la Asociación. Y no tiene este dato, comprobado y documentado, importancia pequeña, pues indica que en la fundación de la Asociación se dio un claro y decisivo impulso romano, que se confirmaría bien pronto con las audiencias que San Pío X y el Cardenal Merry del Val concedieron posteriormente a Herrera Oria, y que conferiría a la joven Asociación una de sus características fundamentales permanentes, la "romanización, junto con la raigambre ignaciana de su espiritualidad y con el capital

XCVII Asamblea General

Discurso del presidente

sentido mariano. La idea y el propósito del Padre Ayala eran la necesidad de propaganda católica que en España no existía. A su entender, no había más propaganda fuera del templo que en la política. Había que dar voz pública a la voz callada, silenciada, de los católicos en la vida pública. Una voz católica, proclamada con energía juvenil, para dar sentido natural y cristiano a las realidades temporales, desde una asociación eclesial, pero laical, de seculares, de carácter netamente confesional. Y, por tanto, voz evangelizadora. Había que dar mítines. Había que darlos por toda España. Y un grupo de jóvenes valiosos debía hacerlo.

La propuesta del Padre Ayala, providencialmente nebulosa e imprecisa, fue aceptada con unánime decisión por los ocho congregantes, primera aceptación a la que ulteriormente se vincularían los nueve o diez siguientes. Había que hacer propaganda católica. Pero ¿cómo?, ¿de qué se iba hablar? Esto de hacer propaganda católica no era, por lo visto, tan fácil de concebir en aquellos tiempos.

Pero se puso en marcha la obra. Desde aquel instante –meses finales de 1908– se sucedieron las reuniones semanales en Areneros, que se celebraban los viernes. Ángel Herrera y Gerardo Requejo, antiguo Prefecto de la Congregación de los Luises, actuaban de secretarios. Y fueron tales reuniones semanales el embrión de los futuros Círculos de Estudios. A ellas acudían esos jóvenes para compartir las inquietudes y preocupaciones de la acción católica en la vida pública y de un contexto social y político que ya por aquel entonces comenzaba a decantar un claro anticlericalismo y una hostilidad hacia la Iglesia y hacia los católicos que encontrarían su máxima expresión con el advenimiento de la II República. Pero pronto el espíritu no pudo encerrarse en los encuentros semanales. Porque la fuerza de la gracia, el celo apostólico, la fuerza del apostolado que esos jóvenes llevaban en su espíritu, les impulsó a salir a la calle, les llevó a salir al mundo, a no encerrarse en sí mismos, en su propia realidad. Y por ello, a los encuentros semanales, empezaron a sumarse los mítines y las intervenciones públicas en teatros y al aire libre.

A los cinco meses de la primera reunión, en plena Cuaresma, marzo de 1909, el Padre Ayala y los propagandistas hacen su primera salida. La hoja de ruta: Ciudad Real, Badajoz y Toledo. Los oradores: Ángel Herrera, José María Lamamié de Clairac y Gerardo Requejo Valverde. En 1935, Herrera recordaba la primera expedición: “Salimos de propaganda la primera vez Requejo, Clairac y yo, como verdaderos quijotes, sin saber a qué”. El día 25 de marzo de 1909 se produce la recordada intervención en el Teatro del Círculo Católico de Ciudad Real, bajo la presidencia del Obispo don Remigio Gandásegui, Arzobispo de Valladolid. Herrera expuso “la necesidad de que los católicos tomen parte en el movimiento social”. Sobre los sindicatos católicos habló Lamamié de Clairac. Y Requejo trató de “el Evangelio y la cuestión social”.

De este modo y desde la primera hora, destacó en la actuación de los propagandistas la que habría de ser una de las temáticas preferidas, por no decir la preferente: la cuestión social, entendida en su total amplitud y a la luz del Evangelio, dentro del complejo y variable contexto sociopolítico de la época. Y las crónicas de la época destacaron desde el primer momento la actualidad y el interés de los temas, así como la vibrante oratoria.

Así en el Boletín oficial del Obispado de Ciudad Real puede leerse “que (los oradores) desarrollaron con entusiasmo de apóstoles y comprensión tal de las doctrinas y necesidades sociales del mundo contemporáneo que daban a sus acentos juveniles una atracción irresistible traducida en continuos aplausos”. El propio Obispo, que cerró la reunión, elogió la organización del acto, el acierto de los fines institucionales de la Asociación, y el dominio oratorio, en la forma y el contenido, de los conferenciantes. “Aplaudió –dijo el Prelado– el alto ejemplo, no diré de altruismo, sino de deber, que nos han dado estos jóvenes ilustrados, abandonando sus comodidades, para lanzarse a combatir el error, y ante los cuáles debemos bajar la cabeza con gratitud”. Por último, se dirigió “a los jóvenes de Ciudad Real, animándoles a seguir el ejemplo de los conferenciantes, levantando el estandarte de la Reconquista”.

Cinco días después, el 30 de marzo, hablaron los tres propagandistas en Badajoz, en el Teatro López de Ayala. “Nunca podré olvidar –escribiría Ángel Herrera en 1958, siendo ya Obispo de Málaga– el mitin del 30 de marzo de 1909, en el que hablé con Requejo y Clairac en la primera campaña de propaganda”. “Se puede decir que fue –relata Herrera– el primer éxito con que Dios Nuestro Señor nos alentó a aquella empresa generosa, que realizamos bajo la dirección del Padre Ayala”. Después sobrevino Toledo, en el Teatro Rojas, de la Ciudad Imperial, y tantas otras localidades, que fueron sucesivamente acogiendo el desbordante espíritu apostólico de esos jóvenes.

Así, a lo largo del verano y el otoño de 1909, mientras en España se desarrollaban acontecimientos de lamentable envergadura revolucionaria, el Padre Ayala y los ochos propagandistas, a los que se iban agregando otros compañeros de los Luises llamados igualmente por su antiguo Director, y que fueron pergeñando bajo la dirección de aquél los primeros Estatutos de la Asociación. Iba así tomando cuerpo la maravillosa, aunque inicialmente nebulosa, iniciativa promovida por el Padre Ayala.

También por aquel entonces corrían tiempos críticos para España y para la Iglesia. A la ofensiva anticlerical iniciada por Sagasti con la reforma de la Ley de Asociaciones, había seguido el llamado “modus vivendi” y el apaciguamiento de Maura. El 9 de febrero de 1910, Canalejas llegaba al poder con un programa político del que sería exponente la retirada del embajador de España ante la Santa Sede, y el 24 de diciembre de ese mismo año se promueve la

XCVII Asamblea General

Discurso del presidente

llamada “Ley del candado”, obra del gobierno de Canalejas, que recibió esta denominación, porque cerraba las puertas en España a la creación de nuevas asociaciones pertenecientes a órdenes o congregaciones religiosas canónicamente establecidas y ponía su autoridad en manos del Gobierno por medio de una Real Orden del Ministerio de Gracia y Justicia. Con el anuncio de esta nueva ley civil respondía el Gobierno de España a las propuestas masónicas procedentes de Bélgica y Francia, y que llevó a la caída del llamado Gobierno “largo” de Maura y a la posterior retirada del embajador de España ante la Santa Sede.

Todo lo que por entonces sucedía en España y fuera de España, sobre todo en la vecina Francia sacudida por el violento laicismo decantado por la III República, vendría a confirmar la necesidad y el acierto del propósito fundacional.

Y así llegó el momento fundacional. Qué mejor fecha que la del día 3 de diciembre de aquel mismo año (1909), festividad de San Francisco Javier. En dicho día, muy de mañana, en la Capilla del Colegio de Areneros, bajo la advocación de María Inmaculada y San Pedro Claver, se constituyó solemnemente la entonces “Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas”, esa fue la denominación. Como es de todos sabido, en ese acto tuvo lugar la solemne consagración de los dieciocho primeros propagandistas, durante la celebración de la Eucaristía que presidió el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Vico. En ella, se procedió a la primera imposición de insignias, la fundacional, -un botón blanco esmaltado, en cuyo centro campea la cruz-, haciendo los aspirantes su promesa de “militar al servicio de Dios bajo el estandarte de la cruz”. Concluida la Santa Misa, rezaron todos juntos y ante Jesús Sacramentado, la Oración, que daba sentido, cauce y energía de espíritu a los jóvenes congregantes para dedicarse al apostolado laical como miembros de una nueva obra de Iglesia. Recuerda este momento Ángel Herrera en las palabras pronunciadas en el funeral celebrado por el alma del Padre Ayala.

Pero cuál sería la audacia y el espíritu desbordante de aquellos primeros propagandistas, que, ese mismo día 3 de diciembre de 1909, después de la confirmación solemne de la Asociación, ya estaba preparada una gran campaña de propaganda apostólica por el sur de España, Granada, El Puerto de Santa María, Jerez de la Frontera, Cadiz, Sevilla, Huelva y Cáceres, para estar de regreso en Madrid el 25 de diciembre. Mas no estaba sólo preparada. El mismo día 3 de diciembre, partieron por la tarde para Granada, Ángel Herrera y Gerardo Requejo, iniciándose así la primera expedición larga de propaganda.

Conviene advertir que la expedición no fue en absoluto improvisada. Todo lo contrario. Había sido cuidadosa y auzdamente preparada con anterioridad a la fecha de la fundación, preparación en la que intervinieron de forma decisiva, como impulsores, el padre Ayala y el mismo Nuncio,

monseñor Vico. Buena prueba de ello es la narración autobiográfica, hecha por el propio Herrera, el 22 de junio de 1930, en la que dice: “Esta fue una de nuestras empresas de propagandistas. Nos reuníamos todos los días para planearla en Areneros, donde a la sazón residía el Padre Ayala. Había que ir a Granada. Escribimos proponiendo la celebración de un mitin católico. Nos contestaron que aquello era una locura y que el fracaso se produciría sin remedio. Entonces el Padre Ayala dijo: “Pues sin avisar a nadie, os vais a Granada a dar un mitin”. Y, en efecto, la misma tarde de la primera imposición de insignias, Requejo y yo salimos para Granada. Llevábamos una carta del Nuncio, Monseñor Vico, para el Señor Obispo, y otra del Padre Ayala para el Padre Valera, Provincial de Toledo de la Compañía de Jesús”.

Permitidme que destaque un momento célebre de la campaña. La campaña en Granada. Como recordaba Herrera en 1959, nadie los esperaba, nadie había en la estación, se percibía incluso una cierta oposición a que se comenzase la campaña, el propio director de los Luises consideraba que debían marcharse porque en Granada no pasaba nada. Sin embargo, las recomendaciones muy expresas del Nuncio de Su Santidad y del Provincial de la Compañía de Jesús les abrieron las puertas de Granada. Y según rezan las crónicas el éxito fue apoteósico.

Así es como llega un momento célebre de la vida de la Asociación. El día de la Inmaculada, a las dos de la tarde, en el Teatro de los Reyes Católicos, dieron un mitin de cuya crónica queda recuerdo en el diario Ideal de Granada, del día 12 de diciembre de 1934. Con entusiasmo grande y aplausos continuos, ante un auditorio de jóvenes y de obreros entregados, habló Ángel Herrera. Tenía vientrés años y ante una audiencia de más de cuatrocientas personas pronunció las siguientes palabras: “Nada de prudencia. Nada de retraimientos (...). Se lamentan los católicos, porque las leyes modernas son impías. Yo diría a los que se lamentan: ¿Qué os pensáis, qué enemigos se habrían de molestar y trabajar haciendo leyes a nuestro gusto y medida? Id a las urnas arrebataadles los puestos que nos usurpan, y dejad de lamentaros”.

En esa misma campaña, Ángel Herrera expresó lo que debía ser la Asociación. A preguntas de los presentes dijo: “Os diré quiénes somos, lo que pensamos y lo que queremos y os lo diré de una manera compendiosa, con una frase muy conocida de todos vosotros: quiero que nos ayudéis a restaurar las cosas en Cristo”. Esas fueron sus palabras. No hay mejores palabras ni más atinadas para dar respuesta a este interrogante que las pronunciadas por don Ángel en Granada: “Restaurar las cosas en Cristo”. Ese es el fin de la Asociación y a ese fin responde su inspiración fundacional.

XCVII Asamblea General**Discurso del presidente****III. Servir a la Iglesia como la Iglesia desea ser servida**

La Asociación Católica de Propagandistas, desde su fundación, se ha sentido, ha vivido y ha actuado como Iglesia. Es éste y no otro el significado de la sentencia, por ella acuñada, de “servir a la Iglesia como la Iglesia desea ser servida”. Y es que el carisma de la Asociación es pura y simplemente el de servir. Misión y vocación aprendidas y asimiladas al calor de la práctica de los Ejercicios ignacianos, sobre todo —como nos recuerda José Luis Gutiérrez— en las grandes piezas perennes de la segunda semana: la contemplación del Rey eterno que llama, la consideración de las dos banderas, y la aceptación sincera de los tres grados de humildad, es decir, de obediencia.

No es casual que la Asociación haya surgido siempre por obra de sus hombres, muchos de ellos eminentes en virtud y sabiduría de espíritu, y también con insistencia por medio de sus padres fundadores, la necesidad de atender sobre todo y en todo momento a la primacía de lo sobrenatural, a la esencialidad de la vida interior, del castillo del alma como decían los místicos, al gusto por la soledad y el desierto del espíritu compatibles con la vocación activa que la Asociación tiene y propugna.

Desde la primera hora, bajo el impulso de la vida espiritual y de los ejercicios, y con los altibajos de toda institución eclesial meramente temporal, sometida inevitablemente a la erosión del ambiente, la Asociación se ha concebido como una auténtica vocación eclesial, como una respuesta personal y corporativa al llamamiento del Señor en medio de los signos propios de la vida contemporánea; como respuesta estrictamente laical para cubrir dentro de la santa Iglesia y de la sociedad actual, las posiciones de vanguardia en el frente de la cristianización y de la misma humanización de las instituciones temporales, amenazadas como nunca por el neopaganismo y por los servidores de las ideologías modernas y posmodernas.

Ampliando el contenido de su vocación, también desde su fundación, la Asociación ha insistido en la estrecha e íntima conexión, que esa presencia en la sociedad y en la Iglesia tiene con otro aspecto básico de la vida cristiana: el de cultivar la santificación de los quehaceres cotidianos y la perfección en el ejercicio de la profesión temporal de sus socios. Y ha predicado la huida de la mediocridad de espíritu y el rechazo drástico a la improvisación en el trabajo. Solo así es como se extiende la sustancia de la vocación del propagandista en el campo de la vida pública en cualquiera de sus sectores, precisando que no es la entidad de la tarea cotidiana, sino la atención y el esfuerzo que en ella se ponen, los que cualifican la talla moral del hombre y el rendimiento evangélico de los talentos recibidos de Dios.

Cien años han pasado, y en trance de celebrar esta histórica conmemoración, permitidme que exprese mi más sincero y cordial agradecimiento a cuantos han colaborado en su preparación. En primer lugar, al Consejo Nacional de la Asociación y, muy singularmente a los miembros del Consejo que integraron la Comisión constituida a tal fin. Gratitud que extendiendo al Vicepresidente, Julián Vara Bayón, y al Consejero Nacional y maestro José Luis Gutiérrez, y a los sucesivos titulares de la Secretaría General, Antonio Urzáiz y Alejandro Rodríguez de la Peña, y particularmente al Secretario Nacional para el Centenario de la Asociación, Francisco Glicerio. Mi agradecimiento al Secretario Nacional de Comunicación, José María Legorburu, y a su equipo, por el extraordinario trabajo de preparación de la exposición que habéis tenido la ocasión de visitar dedicada a la historia de la Asociación y de sus Obras. Y de nuevo a José Luis Gutiérrez, por su trabajo abnegado en la compilación de los últimos volúmenes de las obras completas de Ángel Herrera y por su extraordinaria labor por esa tarea pendiente y que estaba por escribir: la historia detallada de la Asociación Católica de Propagandistas, que constituye un capítulo ineludible de la historia de la Iglesia en España y de la misma historia general de España a lo largo de todo el siglo XX.

Los frutos del trabajo sacrificado y abnegado de todas estas personas y quiénes han colaborado con ellos podrán ser disfrutados por todos a partir del próximo mes de diciembre. Los diferentes actos, de inauguración y clausura del Centenario, de homenaje al Padre Ayala en Ciudad Real, las diversas peregrinaciones a Roma, Tierra Santa, Málaga y Zaragoza, y las publicaciones que irán sucesivamente apareciendo serán motivo de extraordinaria alegría y gozo para todos los propagandistas, pero en especial será una oportunidad para renovar nuestra fidelidad al carisma propio y al propósito fundacional de la Asociación.

En este mismo sentido y precisamente fruto de la “romanidad” que siempre ha caracterizado a la Asociación y a la que anteriormente hacíamos referencia, debo anticipar a la Asamblea que estamos preparando un importante viaje a Roma que nos permita renovar en la misma santa Sede nuestro deseo y voluntad de servicio a la Iglesia, aprovechando la ocasión que nos brinda este viaje para visitar diversos dicasterios, consejos pontificios, congregaciones y a una nutrida representación de Cardenales y Obispos de la Iglesia y de responsables de movimientos apostólicos y de órdenes y congregaciones religiosas, lo que sin duda, constituirá un importante momento en la vida de la Asociación, del que seréis puntualmente informados.

XCVII Asamblea General

Discurso del presidente

IV. Hacer examen de conciencia

Pero la conmemoración de los cien años de vida de esta magna obra de Iglesia que es la Asociación, nos debiera obligar también a hacer examen de conciencia. Hagamos examen de conciencia, como lo hizo sanamente y rectamente el Padre Ayala en la clausura de la XL Asamblea de Secretarios celebrada en Madrid del 28 al 30 de septiembre de 1949 haciendo balance de los cuarenta años de la Obra.

Y aunque en los exámenes de conciencia, como decía el Padre Ayala, conviene ciertamente verlo todo, suele ser más necesario y provechoso examinar los pecados que las virtudes. Porque, como él señalaba, “cuando sólo se piensa en lo bueno, queda la impresión de que la reforma de las costumbres es más cosa de perfección que de necesidad”. De ahí que revista siempre mayor interés fijarse más en el debe que en el haber.

Muchas son, gracias a Dios, las cosas dignas de encomio. La presencia pública de la Asociación, la visibilidad y presencia de nuestras obras, las propuestas de acción en diversos campos, el liderazgo aglutinador del laicado, las nuevas incorporaciones y la creación de nuevos centros son, sin lugar a duda, motivo de alegría y esperanza. Pero también siguen advirtiéndose algunas carencias. Hablaré, como lo hago siempre con entera libertad y total sinceridad, pues –como decía el Padre Ayala– “reunirnos para mejorarnos y disimular aquello mismo que debemos corregir, es obrar insinceramente, perder el tiempo y producirnos a nosotros mismos una satisfacción indebida”.

Procuraré, eso sí, mantenerme en el terreno de las ideas y tratar con la prudencia que Dios me dé a entender, pero con la claridad precisa para que puedan servir a la conducta, a las actitudes y a los comportamientos las ideas especulativas. Lanzo unas pocas ideas, pero claras, procurando una mirada “ad intra” de la Asociación y sobre su misión de apostolado en la vida pública de nuestro tiempo.

Finalidad de la Asociación

La primera reflexión se refiere a la finalidad de la Asociación. Tomo del Padre Ayala las siguientes palabras: “No fue, ni es, ni debe ser una asociación política, sino algo sobre y por encima de todo partido político”. Tampoco es un ateneo cultural. Se trata de una asociación apostólica que persigue la santidad de sus miembros, cuya alma y cuyos fines son sobrenaturales, la propagación del Reino de Cristo en medio del mundo. Se trata de una asociación de hombres católicos y apostólicos, que han querido y quieren hoy in-

fluir en la vida pública directa e indirectamente, en todos los sectores y campos de la vida social y política, y uniéndonos –como decía el Padre Ayala– con todos los católicos o ciudadanos de buena voluntad para todo lo que sea la defensa del bien común.

Hubiera podido pretenderse con la Asociación una obra de pura propaganda religiosa y se habría hecho una asociación de gran provecho; pero no fue ese el pensamiento que le dio origen. No lo fue tampoco el hacer una agrupación de jóvenes católicos que se consagraran sólo a la acción social. Tampoco se quiso crear una fuerza en el sentido de grupo político, que no podía serlo por su naturaleza, ni por quien la fundaba, ni por el interés de la obra en sí.

Se pretendió crear, en palabras de Ayala, una “fuerza católica” que, no siendo partido político, pudiera influir en la vida pública, incluso en la política”; y siguiendo los principios y el magisterio de la Iglesia, despertara vocaciones de católicos, que sirvieran a España y a la Iglesia desde su particular responsabilidad, cada cual libremente según sus preferencias personales.

Una fuerza poderosa, ciertamente, pero no un grupo político; una fuerza poderosa que no fuera un partido político pero preparada para influir en la vida social y la comunidad política. Eso no es una fuerza política, pero es de más interés y de mucha mayor importancia que una fuerza política.

Porque toda formación política, como tal, es contingente, se gasta, aunque sea católica; pero una fuerza católica, cuyos fines no son políticos sino sobrenaturales; una fuerza que no persigue el socorro mutuo ni la defensa de los intereses particulares, sino la vocación a la santidad, mediante el servicio a la Iglesia y al bien común; una fuerza que no es política ni puede ser política, pero que acoge en su seno a cuantos quieran cristianizar las instituciones temporales; una fuerza siempre dispuesta a servir de unión entre todos los católicos, en orden a la defensa de la Iglesia, de la moral y del bien común, esa asociación perdurará con la misma vida que recibe de la inspiración y de los principios en que se apoya.

Vida sobrenatural

Ahora bien, una asociación nacida para influir en la vida pública, ha de tener una base profundamente sobrenatural. La vida sobrenatural es el alma de la Asociación y el alma de todo apostolado. Más aún, lo fundamental para nuestros fines es el espíritu sobrenatural, so pena de exponerse a los riesgos y a los peligros que brotan espontáneamente de la naturaleza de los hombres y también de los

XCVII Asamblea General

Discurso del presidente

propagandistas.

No perdamos nunca de vista el fin de la Asociación expresado por Herrera en los orígenes: "Restaurar las cosas en Cristo". La Asociación está llamada a restaurar las cosas en Cristo, a restaurar la sociedad, restaurar la Patria, mejorar las estructuras o las instituciones sociales según las exigencias del Reino de Dios. Pues bien, recordemos de nuevo las palabras de Herrera: "La restauración empieza por nosotros mismos". Por eso, lo primero que tenemos que hacer los propagandistas es restaurarnos a nosotros mismos porque nada en la vida de un propagandista es ajeno a su orientación espiritual. Y para ello es imprescindible que el propagandista viva en Cristo. Esa es la raíz de la que se nutre cualquier aspecto de la vida cristiana, siendo como es Cristo, fuente y origen de todo el apostolado de la Iglesia, es evidente que la fecundidad del apostolado seglar sólo depende de esa unión vital, de ese encuentro personal con Jesucristo.

Cuando el Papa Juan Pablo II, de feliz e inolvidable recuerdo, alumbró una Exhortación Apostólica sobre la vida y la misión del laicado la intituló *Christi fideles laici*, los fieles laicos de Cristo. Con este título dejaba claro que la fidelidad amorosa de Cristo es el medio para dar fruto en el Reino de Dios, ya que no en vano Él nos dijo: "El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podréis hacer". Si volvemos la mirada atrás, es precisamente en los orígenes de la Asociación Católica de Propagandistas, donde la preocupación por el cultivo de la vida espiritual intensa y exigente está hondamente enraizada en el pensamiento de nuestros fundadores. Recordemos las palabras del padre Ayala SJ en la XIII Asamblea General de la Asociación celebrada en Loyola del 5 al 7 de octubre de 1926 "El apostolado requiere una vida espiritual intensa. La falta de vida espiritual acarrea males para uno mismo, para la Asociación y para la Iglesia. El pensamiento, sin vida espiritual, pronto desfallece, y no teniendo espíritu no se puede comunicar a los demás nada, pues nada no servirá para nada en el campo del apostolado seglar, que es el ámbito natural de la Asociación".

Esto nos lleva, como por la mano, a hacer un examen serio sobre la vida natural de la Asociación y sobre los peligros graves derivados de que esa tensión y esa exigencia decaiga en la vida asociativa y en la vida de los propagandistas.

Pero ¿qué es espíritu sobrenatural? ¿y en qué consiste? Consiste en amar a Jesucristo por encima de todas las cosas, por expresar un celo por el Evangelio, por difundir un cristianismo íntegro en la vida pública, por la añoranza de la vida austera, una vida curtida en el sufrimiento y en la adversidad, una vida de oración y también una vida de acción. Sólo este espíritu sobrenatural es el que de verdad nos hará fecundos en la vida pública, porque en él reside la esencia de la fuerza y el poder de Dios. Por eso un propagandista sin espíritu sobrenatural es como decía el padre

Ayala SJ "un círculo cuadrado".

Entonces ¿Qué es ser propagandista? Nos lo recuerda el padre Ayala SJ. "Ser propagandista es algo sencillo y al propio tiempo enormemente complicado, ser propagandista consiste en ser apóstol de Cristo donde quiera que esté, en el hogar, en la cátedra, en la redacción de un medio de comunicación, en el servicio al Estado o en el consejo de administración de una empresa. Ser propagandista es tener en la vida, como norte, el ideal de difundir la verdad del Evangelio en medio del mundo. En definitiva, es estar íntimamente unido a Cristo, una vida de unión con Cristo que exige de medios para fomentar y cultivar esa vida precisamente espiritual".

Una vida de unión con Cristo, que exige y requiere, una vida sobrenatural notable, que se manifiesta en la frecuencia de la oración como parte constitutiva y esencial de la vida cristiana, la práctica sacramental y de los ejercicios espirituales. Una vida que debe nutrirse de todos estos auxilios, de tal forma que no se separe nunca la unión con Cristo de las actividades que hagamos o programamos en el orden temporal. Entre los medios que deben cultivarse para fomentar la espiritualidad está la práctica de los Ejercicios Espirituales, los Ejercicios Espirituales ignacianos que vamos celebrando ya desde hace muchos años con todo su rigor en la más pura tradición de Loyola, y sino también en las tandas que organizamos tanto a nivel nacional como en todos los Centros. Hacer los ejercicios, decía el padre Ayala SJ, no es cosa de lujo sino una auténtica necesidad (aunque sean 157 de los 336 socios activos que conforman el censo los que lo hicieron este año pasado).

La participación activa en la sagrada liturgia es otro de los auxilios espirituales que procura la Asociación. Su celebración debe ser al menos con una periodicidad que sacie las ansias espirituales de cualquier propagandista en cualquier lugar de España; y la meditación diaria, algo que se recomienda también para el fortalecimiento de la vida interior. Sin vida interior, sin espíritu sobrenatural, no nos engañemos, no habrá Asociación, no habrá apostolado seglar, habrá a lo sumo una comunidad de intereses o una comunidad de socorros mutuos y las consiguientes peligros, pero no habrá Asociación Católica de Propagandistas, y ello trasluirá por efecto reflejo también en nuestras Obras apostólicas. Eso no lo podemos permitir.

Por eso, es fundamental que la Asociación, en sus diversos Centros, procure los medios para saciar esa vida y esa tensión espiritual. Precisamente por lo que antes se señalaba, la Asociación Católica de Propagandistas no es una asociación política, ni es tampoco un ateneo cultural; es una asociación apostólica que persigue la santidad de sus miembros, cuya alma y cuyos fines son sobrenaturales, la propagación del reino de Cristo en medio del mundo. Y ello exige formar y cultivar hombres de oración y de profunda vida interior, sólo estos hombres podrán estar en condiciones,

XCVII Asamblea General

Discurso del presidente

luego, de cumplir con su misión en la vida pública. De ahí que anime vivamente a que los centros intensifiquen la vida espiritual y que puedan conformar un núcleo de propagandistas capaces de recrear la histórica “Sección de San Pablo”, en la que tantas esperanzas depositó Ángel Herrera, para que los propagandistas pudieran también agudizar su tensión espiritual.

Pero permitidme que hoy vaya más allá. Tenemos que cultivar aún más la vida sobrenatural, que es el alma de la Asociación, y procurar por todos los medios que ningún propagandista, o con vocación de ser propagandista, tenga la necesidad de buscar esa tensión espiritual en ninguna otro ambiente o realidad eclesial. Pero no basta eso, tenemos por delante el reto de configurar nuestros Centros como auténticas comunidades de vida cristiana, comunidades de fe ejemplares, cimentadas sobre la base del amor y la fraternidad cristianas. Hace falta que convivamos más, que nos conozcamos más, que nos amemos más los unos a los otros; que nos reconozcamos en el otro, que sepamos resolver nuestras diferencias y nuestras debilidades, y nuestros disensos desde la caridad y desde la corrección fraterna, sin olvidar jamás quiénes somos y cuál es el espíritu que nos mueve; es vital para que la Asociación sea de verdad una asociación apostólica que viva en plenitud y en comunión con esa misión. A veces necesitamos más vida de oración, más amor, más vida en común, más espíritu sobrenatural en definitiva.

La unidad de todos los propagandistas es más importante hoy más que nunca, unidad en la concordia, unidad que reconozca y respete la sana y legítima pluralidad de sus miembros, que estimule el espíritu e iniciativa de los mismos.

Decía Ángel Herrera: “Entre nosotros no puede haber división”. Hoy más que nunca, y quizás de manera más sentida que en otras ocasiones, reitero esa apelación que hice en las dos Asambleas precedentes, a la unidad y a nuestra identidad, a organizar el futuro apostólico de la Asociación sobre lo que constituye su carisma propio pero sin olvidar de ningún modo que la Asociación Católica de Propagandistas tiene hoy por delante una misión de enorme trascendencia: contribuir a la unidad de los católicos en la vida pública. Pienso que el espíritu de servicio a la Iglesia, de aglutinar diferentes iniciativas, de servicio solidario y de colaboración fraterna con otras organizaciones e instituciones católicas y eclesiales, adquiere en el momento actual su sentido más pleno y más profundo. No es esta precisamente la hora de la dispersión ni de los particularismos, ni de las diferencias, sino de la concentración evangélica de esfuerzos por el desarrollo de misiones y de obras apostólicas, y así es como lo venimos haciendo en muchas iniciativas felices y gozosas, entre otras, en la defensa de aquellos principios que no admiten renuncia, como nos recuerdan los Pontífices; está ocurriendo en todo lo que ha significado la batalla por la defensa de la antropología cristiana, de la vida, de la familia, del matrimonio y la libertad de enseñanza.

En este contexto se sitúan iniciativas como son los Congresos y las Jornadas Católicos y Vida Pública y los Congresos de Profesionales Católicos, (juristas, médicos, periodistas, maestros, etc.) que vamos a impulsar en las próximas semanas. Creo firmemente que debemos mantener este espíritu de generosidad y de servicio a la Iglesia en colaboración con otras muchas realidades eclesiales, nuevos movimientos y asociaciones apostólicas, que nos pide la Iglesia y su Jerarquía.

La formación de hombres: los Círculos de Estudio

En otro orden de consideraciones, considero ineludible la tarea de formación de hombres. Es necesario, hoy, más que nunca, que la Asociación siga formando hombres. Formarles y prepararles para la acción. Y uno de los principales medios operativos que tuvo históricamente y tiene desde sus orígenes la Asociación para la preparación de hombres son los Círculos de Estudio. Conviene que la Asociación y todos sus Centros presten una especial atención a este capital instrumento, que, junto al cultivo de la vida interior y con la oración, es indispensable para la formación de los propagandistas. Con esa expresión del afán evangelizador característico del propagandista, los Círculos de Estudio han atendido a lo largo de la historia a numerosas cuestiones, por ejemplo, al análisis de las cuestiones religiosas, culturales, sociales, históricas, económicas y políticas de la actualidad en España a lo largo de todo el siglo XX; al estudio, asimilación y exégesis del magisterio papal y episcopal; al estudio de los avatares de nuestra convivencia y a no pocos asuntos particularmente transitorios, pero de acusada actualidad. A veces incluso tuvieron un claro valor anticipatorio. Recuerdo, por ejemplo, el Círculo de Estudios del curso 1929-30 en el que se estudió la doctrina del pontífice León XIII sobre la accidentalidad de las formas de gobierno y el acatamiento al poder constituido de hecho.

En este sentido, debemos volver a retomar la esencia histórica de los Círculos de Estudio, tal y como se concibieron por los padres fundadores, esto es, como “disciplina y gimnasia de la inteligencia”, como los definió Herrera, como instrumentos al servicio de los fines propios de la Asociación. En esas reuniones periódicas semanales de los miembros de un Centro, la Asociación tiene que estudiar los grandes temas desde la perspectiva de un estudio ordenado y colectivo de asuntos concretos, de interés general y comprobando la actualidad en orden siempre a la preparación para la acción, en orden siempre a una proyección práctica, y no meramente especulativa. Ese es el espíritu en el que reside la esencia de los Círculos de Estudio tal como fueron

XCVII Asamblea General

Discurso del presidente

concebidos por los padres fundadores.

Herrera, sin ir más lejos, acentuó la extraordinaria utilidad de los Círculos para lograr la formación intelectual que la práctica y las obras apostólicas requieren, para despertar también vocaciones y para abrir nuevos horizontes a los jóvenes y a las nuevas generaciones que, de manera creciente, se incorporan o se interesan por la ACdP y también para aclarar ideas unificar criterios y promover iniciativas reales y de acción en los diferentes campos de la vida pública. Y se advirtió con insistencia sobre el valor que los Círculos tienen en orden a formar hombres y dirigentes, también para nuestras obras apostólicas. A este propósito, expresó Herrera que hay que ahondar primero en la formación interior en los Círculos para después actuar fuera con eficacia en la vida exterior. De ahí la necesidad acuciante de que los Centros de la Asociación promuevan los Círculos de Estudio y los orienten conforme a este espíritu. Círculos locales, y también Círculos nacionales, con los que se pretenden plantearse, dedicados a la reflexión y acción política, a la educación, a la economía, a la comunicación, que sean un instrumento útil al servicio de la acción apostólica. Una acción apostólica que tiene tareas urgentes, a corto plazo y otras medio y largo plazo, la incorporación de jóvenes y la reflexión consustancial sobre las vías y medios para lograrlo, el perfil de propagandista, el rigor y la severidad en el proceso de incorporación o de permanencia en la Asociación, la formación intelectual y doctrinal para que los aspirantes adquieran nuestra forma.

El contexto de hoy

Esta misión resulta particularmente relevante en el contexto social, cultural y político en el que nos encontramos hoy, un contexto en el que no hace falta ser particularmente despierto para apreciar una profunda crisis, una crisis moral y de fe, una auténtica crisis existencial que es, ni más ni menos, una crisis del hombre y de la verdad del hombre, porque en el fondo lo que, hoy se cuestiona es, qué significa ser hombre, si el hombre es un hombre con Dios o sin Dios, si el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, con dignidad inigualable y como titular de unos derechos fundamentales que le preceden, o no.

¿Qué significa ser hombre? ¿Cuál es la verdad del hombre y si ésta es o no inseparable de Dios? Esos son grandes retos que tenemos hoy en la vida pública y por eso –y también respondiendo al llamamiento de los sucesivos pontificados– hoy tiene la Asociación un gran reto, acaso de naturaleza prepolítica, que es la formación de hombres capaces de estar presentes en la vida pública, capaces de desenmascarar las falsas antropologías que subyacen en el pensamiento y la cultura dominante, el agnosticismo ideológico,

el relativismo moral, la ideología de género, el laicismo ideológico excluyente y el resto de ideologías postmodernas, en las que perviven los viejos ateísmos y materialismos de los siglos XIX y XX, y que aparecen hoy con fuerza renovada. Toda una gran revolución cultural que no puede entenderse como un proceso irresistible y fatal. De hecho, tiene tantos visos de perpetuarse como de fracasar porque en ellos solo subyace la ideología. Pues bien, precisamente ante este reto tenemos, desde la ACdP, una responsabilidad histórica de formar hombres y de prepararlos para la acción en la vida pública en este contexto difícil y complejo, pero al propio tiempo apasionante.

Si centramos la mirada en España –y no quiero dejar de hacerlo– nuestra querida nación también es en esta hora es motivo de preocupación. Lo es para muchos de nosotros y para muchos españoles que perciben que en estos últimos tiempos, y muy singularmente en estos últimos años, las cosas están cambiando, y están cambiando cosas esenciales. Las cosas más obvias, en las que siempre hemos creído, dejan de ser obvias. Vemos como se niegan y se pierden usos y convenciones, tradiciones formas de vida, de pensar y de actuar heredadas del pasado. La política y la ideología lo invaden todo. Y hay –por qué no decirlo– desasosiego e inquietud, cuando no cierto pesimismo cívico. En este contexto, una buena porción de la sociedad y de la ciudadanía anhelan una España distinta, una España consecuente con su historia, con sus raíces, con los auténticos fundamentos de su ser y su identidad, una España que sepa apreciar la sabiduría de la tradición, que reconozca un valor en sí mismo, en lo que dura en el orden heredado, porque tiene la convicción de que hay principios insertos en la historia y en la tradición que nos son fruto de una construcción teórica o dogmática, sino que están ligados a la realidad de la naturaleza misma regida por principios perennes. La España que considera que su futuro no puede construirse sino es en consideración al bien integral de la persona y al bien común de los españoles.

Muchos pensaban que sobre el transfondo espiritual de la reconciliación y la concordia que inspiró la Transición y la reforma política los españoles después de muchos errores y sufrimientos, habían conseguido poner las bases de una auténtica democracia y de una sociedad verdaderamente libre, una sociedad en la que pudiésemos vivir y convivir todos los españoles sin excepción. Pero no parece que haya sido así. Una sociedad que parecía haber encontrado el camino de la reconciliación y la distensión vuelve a hallarse dividida enfrentada y crispada. Al parecer, quedaban desconfianzas pendientes y, poco a poco, ciertos sectores sociales, culturales, políticos y mediáticos que probablemente no aceptaban ese transfondo y ese espíritu de reconciliación, han ido ganando posiciones lentamente, de manera subrepticia.

Por este camino de reacciones graduales y sucesivas, se ha ido favoreciendo, poco a poco, una cultura nueva y al-

XCVII Asamblea General**Discurso del presidente**

ternativa. Y no es exagerado afirmar que actualmente vivimos –no sólo en España pero singularmente en nuestra nación– una auténtica revolución cultural, una metamorfosis que reviste caracteres antropológicos, que supone una verdadera ruptura con nuestra tradición moral y espiritual profundamente influida por el catolicismo desde el siglo VI. Y parece que los artífices de este cambio –y lo vemos todos los días– se encuentran más cómodos con cualesquiera creencias –incluso religiosas– y con tendencias políticas y culturales contrarias al auténtico ser de España. Puede ser el islamismo, pueden ser las ideologías ilustradas o postilustradas, puede ser el separatismo, puede ser el marxismo pero en realidad, y en este contexto, ¿qué es lo que se pretende?

Por encima de todo se persigue –a mi modo de ver– configurar una sociedad nueva, cimentada en creencias y usos diferentes, en leyes y costumbres distintas; sustentada en otras instituciones y formas políticas. Una sociedad en la que la negación de la tradición y de los principios se ha convertido en sinónimo de progreso. Una sociedad en la que todos vivimos bajo la fuerza de una presión social detrás de la cual muchas veces no hay nada consistente. Pero es evidente que estos cambios son ciertamente políticos, aunque no son solo políticos sino que apuntan un síntoma de cambios mucho más profundo que se favorece con estrategias planificadas y bien concertadas en instancias políticas, culturales y ciertamente mediáticas.

En ese contexto, ni la Iglesia, ni una fe religiosa verdaderamente libre y auténtica caben en esta concepción de la democracia. Cuando las fuerzas actuantes de este cambio de paradigma cultural admiten alguna presencia del cristianismo en la vida pública, sorprendentemente es un cristianismo vago, débil y secularizado, condescendiente con la vigencia en la cultura antropocéntrica y casi siempre en abierta ruptura con la comunión eclesial, con su Iglesia, con su tradición y con su magisterio.

Por lo demás, es importante señalar, –porque a veces pasa desapercibido para el común– que estos cambios no se hacen de manera frontal y clara, sino de manera gradual, encubierta, subrepticia y sibilina. Primero, a través del lenguaje, del pensamiento, propiciando la utilización de eufemismos, de expresiones indirectas que subvierten la verdadera realidad de las cosas (así, por ejemplo, el género, la interrupción voluntaria del embarazo, la política de ampliación de derecho, etc.). A continuación, se silencian las realidades y los hechos religiosos, se seculariza la vida, la cultura, las expresiones, los signos y hasta las conciencias tratando de eliminar por doquier las referencias religiosas. El nombre de Dios y cualquier invocación a Él se eliminan del lenguaje y se erradica y se extirpa de la vida pública como si fuese una expresión ofensiva o hiriente. Y de esta manera y poco a poco, lentamente, se nos va introduciendo en un mundo nuevo construido a partir de silencios y de mentiras. Y esta batalla, que es cultural y que es prepolítica, reviste una especial dureza en el campo moral. La moral católica se

presenta siempre de manera negativa, como una ley opresora, intransigente, del todo irracional y represiva. No se tiene en absoluto en cuenta las enseñanzas profundas de la Iglesia, el amor a Dios y el amor al prójimo. Y se decantan opciones políticas, culturales y legislativas contrarias a la naturaleza del hombre y a las exigencias morales más fundamentales como lo estamos viviendo en España en el primer derecho fundamental, que es el derecho a la vida, la familia, el matrimonio verdadero o la libertad de enseñanza.

Llegados a este punto, es inevitable hacerse esta pregunta: ¿Qué podemos hacer los católicos españoles y cuál es la responsabilidad y la misión histórica de la ACdP?

A mi modo de ver, el primer paso debe ser el convencimiento sobre la realidad de las cosas. Y si estamos convencidos de que las cosas son así, entonces lo que no cabe son medias tintas ni equidistancias. El futuro de España dependerá de la lucidez y de la decisión que tengamos los españoles en general –y muy singularmente, permitidme que lo diga, los católicos y los verdaderos amantes de la libertad–. Y muy especialmente, en la democracia y en esta coyuntura, urge tener un gran proyecto de regeneración moral de nuestra nación. Una restauración y una regeneración que concierne también muy directamente a realidades eclesiales como la ACdP. Una regeneración que pasa ineludiblemente –a mi modo de ver– por afirmar las bases morales del bien común hoy en nuestra nación, el reconocimiento de la fe cristiana en la plaza y en el foro público, un gran bien para la sociedad. Más aún, la defensa y la continuidad del hombre que es inseparable de Dios y de la verdad histórica de nuestra cultura y de nuestra tradición requiere que el Estado, las instituciones políticas, reconozcan la legitimidad y el valor humanizante y positivo del cristianismo y su contribución al sostenimiento a la consecución del bien común. Para los cristianos, nuestra fe es toda una concepción de la vida, del mundo y del hombre. La misma cosmovisión a la que antes hacia alusión inspira, ante todo, la concepción de una dimensión espiritual del hombre, la fe en un Dios personal que no es opresión ni es intolerancia, sino que es amor y esperanza, como nos ha recordado magistralmente Benedicto XVI; un Dios a quienes los católicos –y muy singularmente los propagandistas– no tenemos vergüenza en invocar como primera referencia en nuestros actos, sin que eso nos impida nunca respetar las creencias de los demás. Y es también la convicción de que hay principios fundamentales que no pueden someterse a las decisiones cambiantes de las mayorías –ni sociales ni parlamentarias– y que no son negociables y no admiten componenda porque están indisolublemente ligados a la naturaleza y a la dignidad de la persona humana, que forman parte del patrimonio ético y común de toda la humanidad. El respeto a la vida humana, a la dignidad de la persona y a su vida desde la concepción hasta su fin natural, la protección de la familia como una institución anterior y superior al Estado, la familia fundada en el matrimonio, constituida entre un hombre y una mujer, en la que el hombre nace –y nace con dignidad–, crece y se

XCVII Asamblea General

Discurso del presidente

desarrolla de un modo integral, la defensa de la familia y el matrimonio verdadero frente a las ideologías como la ideología de género, que mina sus auténticos fundamentos antropológicos o frente aquellas opciones legislativas que persiguen equipararla jurídicamente a formas radicalmente distintas de unión que en realidad la perjudican y contribuyen a la desnaturalización de instituciones que no son derecho natural pero que cumplen un función social determinante. Y qué decir de la protección de la libertad de enseñanza, cuestionada y mancillada, y específicamente del derecho de los padres a elegir, el sagrado derecho a elegir el tipo de educación que quieren para sus hijos, desde luego, la formación religiosa y moral frente a pretensiones totalitarias deducidas desde el Estado, pero sobre todo el derecho a elegir el tipo de educación que quieren para sus hijos. Una regeneración que pasa por la afirmación de la moral en al vida de nuestra democracia y por una concepción de la sociedad democrática que contempla la referencia a fundamentos morales y axiológicos, por un fortalecimiento de la sociedad civil y por una verdadera y auténtica educación.

Todo un reto y quizá por ello me siento urgido en este momento histórico en el que nos encontramos en trance de celebrar nuestro centenario, y en este momento de la historia de España, a apelar a nuestra conciencia sobre todo porque tenemos una gran misión en este momento de la historia. Necesitamos regenerar España y recuperar el buen sentido y tenemos la responsabilidad histórica de contribuir al bien común para que España discurra por el camino que –entiendo yo o quiero pensar– es el deseado por la inmensa mayoría de los españoles: el camino de la justicia y la verdad del hombre, de la paz y la concordia, del respeto, de la dignidad de la vida humana y del bien común de los españoles. Y creo sinceramente que en esta misión los católicos debemos sentirnos especialmente concernidos, y muy directamente aquellos que servimos a la Iglesia desde la ACdP.

Nosotros, los propagandistas, hemos de asumir en esta hora el compromiso definitivo que tenemos por delante. Es mucho lo que esperan de nosotros la sociedad, las instituciones y la Jerarquía de la Iglesia y de nuestra presencia en la vida pública. Tenemos que ser el fermento de una España nueva, y debemos serlo, además, con la actitud, el fervor, el espíritu de servicio de aquellos ocho primeros jóvenes convocados por el Padre Ayala y que hemos evocado y recordado con emoción singular. Con espíritu constructivo y una opción positiva, desde un sano optimismo, con claridad de ideas y visión de futuro, con la audacia del cristiano y –por qué no decirlo– hondamente preocupados siempre por la promoción y la consecución del bien común, y buscando siempre el bien posible en cada momento del tiempo y del espacio.

Ilusionados y esperanzados, unidos y en comunión, erogados y abrazados, no lo olvidemos nunca, siempre a la Cruz, la misma Cruz bajo cuyo estandarte Ángel Ayala en-

viaba a los jóvenes como portadores declarados del “mysterium crucis que se eleva el paisaje de la humanidad y aún en el curso entero del universo como la única luz y el faro supremo que alumbra e ilumina el curso de la humanidad; esa Cruz que, azotada por lo vientos contrarios y las sacudidas provocadas por los huracanes de la hostilidad y la persecución, unas veces manifiesta y otras enmascarada, se mantiene y se mantendrá erguida en medio de los vaivenes de la historia y hasta el fin de la historia. “Por encima de los poderes de este mundo negadores de la redención, –como decía Méndez y Pelayo– la sangre del calvario seguirá cayendo gota a gota sobre la humanidad, regeneradora, por mucho que se vuelvan las espaldas a la Cruz”.

Nosotros, como propagandistas, tenemos la misión de emular y hacer vivo aquello que el Correo Sevillano dijo de la Asociación y los propagandistas un buen día, el 21 de diciembre de 1909, tras la primera campaña de propaganda. De la Asociación decía lo siguiente: “Es una institución que constituye una enorme esperanza para cuantos desean con todo empeño el bienestar de la patria y la garantía sólida en la vida pública y la defensa de los derechos sagrados de la Iglesia”. Y de los propagandistas, destacaba lo que sigue: “A una firmeza de convicciones inquebrantable, a una fe robusta en la eficacia salvadora de sus ideales, a una voluntad decidida de no perdonar esfuerzo y trabajo conducente a los altos fines que persigue la Asociación a la que pertenecen, esos beneméritos propagandistas suman una cultura no común entre los jóvenes ni aun entre viejos, una percepción clara del espíritu y de las necesidades de los tiempos presentes, una elocuencia y una retórica avasalladora que han conquistado en aquella campaña en Badajoz, en Huelva, en Granada, en Cádiz, en Jerez y en Sevilla, en cuantas poblaciones por las que los propagandistas han hecho emitir su voz sincera y han expuesto sus convicciones.”

Esa misión la tenemos cien años después, en los umbrales del siglo XXI y la tenemos que afrontar con la esperanza puesta en el Espíritu Santo, que es el que sostiene la misión. Yo, por mi parte, y hasta que vosotros queráis, pondré todo mi empeño y todas mis fuerzas en este servicio apostólico de conducir a la Asociación por los senderos del servicio a la Iglesia y del servicio a España, procurando siempre y sin perder de vista que los caminos de nuestra grey son los caminos de la santidad. Y lo haré firmemente arraigado en la fe de la Iglesia y en plena comunión con Ella. Porque “yo sé -como decía San Pablo en su carta a Timoteo- de quién me he fiado y estoy firmemente persuadido de que tiene poder para asegurar hasta el último día el encargo que me dio”.

Muchas gracias.

Alfredo Dagnino Guerra